



ECOS Y RESPLANDORES HELENOS EN LA LITERATURA HISPANA. SIGLOS XVI-XXI

Editores

TATIANA ALVARADO TEODORIKA
THEODORA GRIGORIADOU
FERNANDO GARCÍA ROMERO



SOCIEDAD BOLIVIANA DE ESTUDIOS CLÁSICOS
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PRESENCIA PLATÓNICA EN *EXAMEN DE MARIDOS* DE JUAN RUIZ DE ALARCÓN

YSLA CAMPBELL

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
yslacampbell@live.com

Resumen – La idea platónica del Eros, desarrollada en *Lisis*, *Banquete* y *Fedro*, es una influencia tan importante para Alarcón que se convierte en fuente del *Examen de maridos* desde la decisión de la protagonista de llevar a cabo un concurso para elegir marido (*Ban.*), a partir de un rechazo hacia el amor –perspectiva que coincide con el pensamiento de Lisias expuesto en *Fedro* sobre conceder amores a la persona que no ama–, hasta entrar en un conflicto entre este sentimiento y la razón. Además, vemos aplicados o dignos de censura, en los personajes, los consejos que Sócrates ofrece en *Lisis* respecto a la conducta que debe seguir el enamorado.

Las acciones de los antagonistas, el Conde y doña Blanca, muestran algunos conflictos señalados por Lisias cuando se entablan relaciones basadas en el amor. Asimismo, se observan ciertas pruebas amorosas ascendentes, de acuerdo con la propedéutica de Diotima (*Ban.*): doña Inés evoluciona de examinar los aspectos visibles a observar la conducta y el ingenio; por su parte, el Marqués inicia su enamoramiento a través de la percepción sensorial, pero luego habla de «las alas del amor» que harán volar su entendimiento, potencia del alma, por la reminiscencia de la belleza contemplada en el ámbito celeste (*Fed.*). Aunado a esto, el debate se produce desde el enfoque de Lisias, por un lado, y de Sócrates, por otro. De tal forma, el desenlace manifiesta el error de la doña Inés, ya que termina casada con quien ama, ideal platónico que también se expresa en la *República*.

Palabras clave – Alarcón, *Examen de maridos*, Platón, Eros.

PLATONIC PRESENCE IN *EXAMEN DE MARIDOS* BY JUAN RUIZ DE ALARCÓN

Abstract – The Platonic idea of Eros developed in *Lisis*, *Banquet* and *Phaedrus* is such an important influence for Alarcón that it becomes the source of his play *Examen de maridos*. This is evident starting with the female protagonist's decision to try her suitors so as to choose a husband (*Symp.*). Steaming from the rejection of true love –a perspective aligned with Lisias' thought as presented in *Phaedrus*

about granting amorous expressions to the unloved being—, followed by the conflict between feelings and reason. In addition, the counsels offered by Socrates in *Lisis*, regarding the behaviour that the lover should demonstrate, are either applied or condemned through the main characters.

The actions of the antagonists, the Count and doña Blanca, show some essential conflicts pointed out by Lisis when relationships based on pure love are maintained. Likewise, certain ascending love tests are observed, according to Diotima's propaedeutic (*Symp.*): Doña Inés goes from examining the visible aspects to observing behaviour and cleverness. With respect to the Marquis, he begins to fall in love through sensitive experience, but later talks about his «wings of love» that will make his intelligence soar, power of the soul, from the reminiscence of the beauty contemplated in the celestial sphere (*Phae.*). In addition to this, the debate takes place from Lisis' approach, on the one hand, and Socrates' standpoint on the other. Thus, the outcome manifests the error of doña Inés, who ends up married to someone she loves, a Platonic ideal that is also expressed in the *Republic*.

Key words – Alarcón, *Examen de maridos*, Plato, Eros.

Además del Neoestoicismo, en *Examen de maridos* (Alarcón: 2016) se manifiesta la influencia de la filosofía platónica del Eros¹ que, como es sabido, Platón aborda en *Lisis*, el *Banquete* y *Fedro*². Diversas ideas y acciones desarrolladas en la comedia tienen vínculos estrechos con algunas concepciones del ateniense. Así, aunque se ha señalado que las citas de diversas autoridades en el debate son «lugares comunes» (Profeti 2016: 140), sin descartar la posibilidad de que en ciertas ocasiones sea así, trataré de demostrar que en este caso no lo son³.

¹ Hay que recordar que el término «Eros» se aplicaba indistintamente al amor y a la amistad. Ver el extraordinario trabajo de Gómez Robledo (1993: 376). María Angélica Fierro ha escrito un artículo sumamente interesante que escapa, por el momento, a mi intención, «La teoría platónica del éros [*sic*] en la *República*» (2008).

² Frente a las interpretaciones ligeras o viciadas sobre el homosexualismo platónico, es preciso considerar las ideas y conducta del filósofo planteadas por Alcibiades en el *Banquete*, cuando éste pretende gozar de sus favores sensuales: «Así, pues, sabed bien, por los dioses y por las diosas, que me levanté después de haber dormido con Sócrates no de otra manera que si me hubiera acostado con mi padre o mi hermano mayor» (219d). Asimismo defiende la ley natural en *Leyes*; al respecto afirma Gómez Robledo: «La única institución sólida, en el esquema político de las *Leyes*, es la pareja heterosexual, permanente y fecunda» (1993: 420).

³ Tampoco lo son las referencias del estoico cordobés Séneca, cuya influencia filosófica se encuentra en varias obras del autor novohispano: *La cueva de Salamanca*,

Para ubicar filosóficamente el análisis es necesario partir de la concepción metafísica de Platón, la cual radica en distinguir entre el cuerpo y el alma, el mundo terrenal y lo eterno: «el primero de estos componentes es el medio; el otro, el fin» (Zeller 1968: 148). El filósofo plantea que el alma se conforma de tres esencias: la indivisible, la divisible y una combinación de ambas. Mediante dichas partes invariables el alma accede al conocimiento, cuestión que expone en *Timeo* (*Tim.* 37a-c). Al respecto Robin (1967: 283) ofrece una explicación breve y clara:

le mouvement par lequel l'âme connaît, Platon nous la montre en effet entrant tantôt en contact avec l'indivisible, qui est appelé le rationnel (τὸ λογιστικόν); tantôt avec le divisible, identifié avec le sensible; et ce processus donne lieu dans le premier cas à l'intuition intellectuelle (νοῦς) et à la science, dans le second cas à l'opinion et à la sensation.

Una vez asentado este punto medular de la filosofía platónica, recordemos que en *Lisis* el filósofo aborda el tema de la amistad/amor y ofrece algunos consejos sobre la conducta que debe seguir el enamorado⁴. En lo que se refiere al *Banquete* y *Fedro*, sostiene Abbagnano (1994: 91):

El *Banquete* considera sobre todo el objeto del amor, esto es, la belleza, y procura determinar los grados jerárquicos de ésta. El *Fedro*, por el contrario, considera sobre todo el amor en su subjetividad, como aspiración hacia la belleza y elevación progresiva del alma al mundo del ser, al cual la belleza pertenece.

En *Fedro*, si bien la confrontación de los discursos sobre el amor del sofista Lisias y la réplica de Sócrates –ofrecida en su segunda participación– parece ser la fuente alarconiana del debate entre el Marqués y el

Ganar amigos, La amistad castigada, entre otras a las que he dedicado diversos estudios: «Trasfondo estoico en la obra dramática de Juan Ruiz de Alarcón» (2012: 29-35), «*El dueño de las estrellas* y *La amistad castigada*: dos dramas de privanza extremos» (2015: 55-64), «El poder y la privanza: las propuestas de Alarcón» (2016: 201-219), «Solución alarconiana a la cuestión de la privanza: el neoestoicismo en *Ganar amigos*» (2017: 69-82), entre otros. Al respecto es una gran aportación el libro de Jules Whicker, *The plays of Juan Ruiz de Alarcón* (2003).

⁴ Es preciso notar que en este diálogo Platón esboza ciertas distinciones entre el amor y la amistad.

Conde, hay otros elementos fundamentales que, desde el inicio, permiten relacionar la comedia con el platonismo⁵, como veremos.

La acción –derivada del voluntarismo que caracteriza a la protagonista doña Inés– de someter a distintos pretendientes a un examen de méritos para casarse, dado que no desea hacerlo por amor –en señal de obediencia al testamento de su padre–, es el núcleo de la intriga. El punto de vista de la dama queda claro en el comentario del gracioso Ochavo sobre este –que denomina– «disparate»: «Declara que amor con ella / no es mérito, y solo valen, / para obligar su albedrío, / propias y adquiridas partes [...]» (vv. 231-234)⁶. La perspectiva de la Marquesa coincide con el planteamiento socrático expresado en el *Banquete* respecto a que al carácter bueno y estable «quiere nuestra costumbre *someter a prueba* bien y convenientemente, para así complacer a los unos y evitar a los otros» (*Ban.* 183c [cursivas mías]). De tal forma, en primer término, la decisión de realizar el concurso posee una resonancia platónica.

Asimismo, la renuncia de la dama al afecto remite a la idea de Lisias sobre el amor; comenta su discípulo Fedro: «dice que hay que complacer a quien no ama, más que a quien ama» (*Fed.* 227c)⁷. Tal es el fundamento de doña Inés al refutar al Conde: «Corta hazaña es por amor / conquistar una mujer; / ilustre vitoria es ser / por méritos vencedor. / De mí os ha de hacer señor / la elección, no la ventura» (vv. 851-856). Observamos, pues, que, como el sofista, la Marquesa no desea establecer un vínculo marital nacido de la afición⁸ y, al convocar al certamen, lo manifiesta públicamente.

⁵ Aunque la protagonista afirma que saber griego hace a los hombres pedantes, eso no implica que Alarcón desdeñara el conocimiento de la filosofía helena. Recordemos que en el debate final entre el Marqués y el Conde, al lado de Séneca, el dramaturgo cita a Aristóteles y a Platón. Ahora bien, las relaciones de la comedia con el platonismo no significan una compenetración filosófica de grandes vuelos. Es decir, llegar a la contemplación de la Belleza en sí. Sin embargo, hay puntos de coincidencia que se presentan como motivos dialécticos que conducen al desarrollo de la acción.

⁶ Las citas a la comedia respetan las grafías y la fonética.

⁷ El discurso es leído por Fedro a Sócrates en las orillas del río Iliso.

⁸ Para el apasionado Conde, tal concepción, en consonancia con la idea platónica de la ley natural que, desde su perspectiva, debe regir el mundo amoroso, atenta contra la naturaleza, de ahí que pregunte a la protagonista: «¿Posible es, cruel, que intentes, / contra leyes naturales, / que sin amor te merezcan / y que sin celos te amen?» (vv. 247-250). Basado en una parte práctica y normativa del comportamiento, para el personaje la actitud de doña Inés atenta contra el fin de la naturaleza humana: alcanzar la felicidad. De tal modo considera que la conducta de la dama es transgresora y, por tanto, inmoral. Sin

Consciente de que el matrimonio implica perder la libertad (vv. 56-57)⁹, la dama despliega su autonomía movida por el razonamiento, pues considera que, de ese modo, el vencedor del examen superará a los demás. De nuevo su concepción coincide con la de Lisias, quien afirma: «los que no aman, y que son dueños de sí mismos, prefieren lo que realmente es mejor» (*Fed.* 232a). El punto de partida de tal argumentación es que los amantes, al predominar la satisfacción física sin conocer la interioridad del ser amado (*Fed.* 232c), se arrepienten una vez que han alcanzado su objetivo sensual; mientras que quienes obran racionalmente no se retractan (*Fed.* 231a). En la comedia, la protagonista sostiene una idea similar; dice a su enamorado Conde: «Amar por inclinación / es propia comodidad. / Si presa la voluntad / del deseo, se fatiga / porque el deleite consiga, / del bien que pretende nace; / y quien su negocio hace, / a nadie con él obliga» (vv. 823-830). Para ella entregarse por amor es fácil y cómodo, pues no implica cuestionamiento moral alguno, de ahí que cuando el amante se mueve por la pasión sensual, una vez que ha alcanzado la posesión, se hastía. Desde la perspectiva de Platón estos reparos hacia el amante son benéficos; aconseja Sócrates: «Así, oh Hipotales, es preciso dialogar con el amado, rebajándole y haciéndole de menos, y no, como tú, inflándole y deshaciéndote en halagos» (*Lis.* 210e).

Por otra parte, hay que considerar que el Eros platónico tiene dos facetas sobre las que Dodds (1960: 203) explica:

Porque Eros está francamente arraigado en lo que el hombre comparte con los animales, el impulso fisiológico del sexo [...]; pero Eros suministra asimismo el impulso dinámico que lleva al alma adelante en su búsqueda de una satisfacción que trascienda la experiencia terrena.

Por añadidura, en sus versos, doña Inés responde a una de las preguntas de Sócrates planteadas en *Lisis* (212b y ss.) sobre el nexa amistoso

embargo, el interrogante sobre la ley natural que rige el amor resulta cuestionable en un periodo donde se concertaban los matrimonios por conveniencia.

⁹ Es una tendencia a identificar el concepto de libertad con una condición personal que, en el estoicismo, consiste en disponer de sí. La libertad aumenta en la medida en que se descartan los falsos bienes y se siguen los verdaderos cuando el razonamiento lleva al hombre a controlar las pasiones. La libertad supone, expresa Séneca: «poseer el máximo dominio de sí mismo. Es un bien inestimable llegar a la propia posesión» (Lib. IX 75. 18).

entre el amante y el amado. Desde la perspectiva de la Marquesa, ser amada no la obliga a sostener amistad alguna –aunque no habla de animadversión–, con lo que toma una posición respecto a la aporía platónica.

Las acciones del amante desdeñado, el Conde, responden a una caracterización en la que el personaje se distingue mediante actos reprobados por Platón: en la conquista amorosa no se comporta conforme a los consejos de Sócrates a Hipotales en *Lisis* (210e). A lo largo de la comedia, las reacciones del Conde ante el rechazo de la amada son las que Lisias repudia en los enamorados: por un lado, sacan a relucir las dificultades por las que han pasado en el cortejo¹⁰; por otro, son terriblemente celosos (*Fed.* 232a-d). En el primer acto, al enterarse del examen, el personaje reclama a doña Inés llevar dos años pretendiéndola en secreto para no deshonrarla y haber velado en sus balcones (vv. 781-790), por lo que se declara «despreciado y celoso» (v. 796). Supone, además, que debido a su sufrimiento –aunque la dama lo ignoraba– es merecedor de una distinción: «Cuando por amante no, / por mí, ¿no merezco yo / ser con vos más venturoso?» (vv. 798-800). Recordemos que en el mito platónico expuesto en la réplica de Sócrates sobre las tres partes del alma, el auriga gobierna un caballo bueno y otro malo. Cuando este último predomina, se cree merecedor de algún tipo de gozo por las penalidades pasadas, de modo que lo reclama al auriga (*Fed.* 256a). De tal forma, el Conde, guiado por el caballo negro, exige una recompensa.

Lisias, por otro lado, sostiene que quienes han cambiado de amor «llegarán a hacer mal incluso a los que antes amaron» (*Fed.* 231c-d)¹¹. Tal es el caso del Conde, quien, al no recibir una respuesta afectuosa de Inés, se vuelve vengativo: hasta que culmina la comedia desea mostrar su desprecio a la dama. Así, engañado sobre el amor de doña Blanca, estima el desafío al torneo como una forma de castigar la crueldad de la protagonista. En apóstrofe, amenaza: «(yo haré que tu confianza, / si el cielo me da vitoria, / donde espera mayor gloria, / me dé a mí mayor venganza)» (vv. 1651-1654). Incluso ya en el desenlace, al triunfar, piensa en el debate: «(Agora, que ya puedo / ser tu esposo, he de vengarme, / y ha de ser un acto mismo / fineza para el Marqués, / y para ella desprecio)» (vv. 2949-2953). De

¹⁰ Si al arrepentimiento los enamorados «añaden las dificultades pasadas, acaban por pensar que ya han devuelto al amado, con creces, todo lo que pudieran deberle» (*Fed.* 231b).

¹¹ Esta idea la repite Sócrates en su discurso paródico (*Fed.* 241b-c).

esta forma, el alma del Conde –movida por su parte sensible–, como un auriga mitológico irracional deja avanzar al caballo negro hasta desbocarlo, pero no por amor sino por represalia.

Al comienzo del certamen, en el acto segundo, aunque se siente agraviado por la dama, divulga su intervención en la contienda publicitándola en un cartel del que comenta Beltrán: «y desafía por él / a todo ilustre ejercicio / de letras y armas a cuantos / al examen se han opuesto» (vv. 1413-1416). Posteriormente, creyendo en el engaño de Beltrán, que doña Blanca lo ama, en el tercer acto evidencia su interés por ella con enigmas y colores en el torneo. Cuando termina la competencia, comenta Ochavo sobre las acciones del Conde: «en balcón blanco, que al del alba imita, / blanca urna en que los premios deposita» (vv. 1991-1992). El ahora enamorado de doña Blanca le explica sus «colores, divisas y libreas», y revela las incógnitas de su deseo (vv. 2315-2327). Ante dichas actitudes hay que recordar la amonestación de Sócrates: «-¡Ridículo, Hipotales! ¿Antes de haber vencido compones y cantas tu propio encomio? [...] El que entiende de amores, querido, no ensalza al amado hasta que lo consigue, temiendo lo que pudiera resultar» (*Lis.* 205d-e). El recato y la prudencia ante quien se ama son fundamentales para el filósofo ateniense, pues implican un dominio racional.

La antagonista doña Blanca tiene una reacción similar con el Marqués don Fadrique al enterarse de que participa en el examen. No hay que olvidar que cuando tuvieron una relación amorosa, y el galán carecía de bienes y título, éste fue rechazado; mas una vez que recibe el mayorazgo, la dama lo busca y le profiere una serie de reclamos. No obstante, la diferente posición social de ambos que implica la herencia imposibilita el matrimonio. Igual que el Conde, doña Blanca pasa del amor –o el interés– a ser la mayor adversaria de su antiguo enamorado; expresa a solas: «¡Por los cielos, inconstante, / ya que tu agravio me obliga, / que has de llamarme enemiga, / pues no me estimas amante!» (vv. 657-660). De ahí que urda un enredo para apartarlo de doña Inés: disfrazada de criada pretende vender unas joyas de su señora a la Marquesa para contarle falsos defectos sobre don Fadrique con el fin de desinteresarla radicalmente: le comenta que tiene una fuente, que padece halitosis y es murmurador; a los defectos físicos suma uno de carácter moral. De esa manera la antagonista piensa haber logrado sembrar «la discordia» (v. 1200). En la artimaña de doña Blanca encontramos también una coincidencia con las ideas de Lisias,

quien afirma que los enamorados buscan desligar a quien aman del trato con los demás (*Fed.* 232c).

Como sabemos, Platón eleva el Eros a un plano ético, donde la intención o la capacidad anímica del amante es la que permite calificar la moralidad del amor. Si bien para Sócrates el planteamiento de Lisias es un sofisma, pues sólo contempla el lado negativo del amor –el sensible– y no aquél en el que se disfruta tanto del cuerpo como del alma (o sólo de ésta), tanto el Conde como doña Blanca realizan actos motivados por la venganza, lo que los define como seres pasionales y, por tanto, inmorales. De tal forma, el mítico caballo perverso arrastra a los personajes/aurigas hacia lo más bajo del mundo terrenal.

Ahora bien, con independencia de que la filosofía platónica sobre el amor, desarrollada en el *Banquete*, se traduzca en el «deseo de poseer siempre el bien» (*Ban.* 206b) y en «la generación y procreación de lo bello» (206e) –pues así el hombre participa de la inmortalidad–, a quienes son fecundos según el alma les corresponde toda clase de virtud (*Ban.* 209a), que, tanto en el mundo trascendente como en el terrenal, es lo óptimo.

Con este antecedente filosófico, veamos la caracterización del Marqués don Fadrique. Desde su aparición, Alarcón lo presenta como un personaje que obra con rectitud en su relación amorosa con doña Blanca y el padre de ésta. Explica los motivos de su alejamiento de la dama y satisface a su amigo el Conde. Asimismo, en su relación a doña Inés, aunque no considera que sus costumbres sean santas, dice: «son tales, que los más buenos / me procuran por amigo» (vv. 1297-1298). Es este sentido, tiene en una elevada estimación la amistad del Conde y, como Sócrates, pondera este tipo de relación fraternal por encima de los falsos bienes (*Lis.* 211e). Por otro lado, en sus vínculos con otros miembros de la sociedad, Alarcón le otorga un prominente sentido de responsabilidad que lo distingue de otros miembros de su estamento: paga a sus acreedores¹², es decir, cumple su palabra. Así pues, desde el inicio, el Marqués se caracteriza como un personaje cuyo comportamiento corresponde al *ethos* aristocrático.

En lo que se refiere a su conducta como enamorado, es prudente, pues cuando decide participar en el certamen, señala a Ochavo: «Pero quiérote advertir / de que nadie ha de entendello / hasta salir vencedor, / porque si

¹² Es de sobra conocido que la nobleza no pagaba las deudas contraídas, pues lo consideraba una distinción estamental.

quedo vencido, / no quiero quedar corrido» (vv. 583-587). Idea que luego repite al Conde llamando dicha actitud una «prevención», a la que define como «prudente» (vv. 1519-1520). Contrario a la conducta indiscreta del Conde, el Marqués parece seguir los consejos socráticos ofrecidos a Hipotales.

Ahora bien, desde la perspectiva de Platón captamos la belleza terrenal por la vista, definida como «[el] más claro de nuestros sentidos, [...] la más fina de las sensaciones que, por medio del cuerpo, nos llegan» (*Fed.* 250d)¹³. La reacción del Marqués al ver por vez primera a la dama es muy elocuente; se pregunta: «¿De una vista, niño ciego, / dejas un alma rendida? [...] / ¡Loco estoy!» (vv. 1463-1467). El galán advierte la belleza de doña Inés por los ojos, que son el «camino natural hacia el alma» (*Fed.* 255c), lo que significa la reminiscencia de la belleza –recordemos que el amor asciende en espiral hacia la espiritualidad–. Al mismo tiempo, como expresa el personaje, ha recibido el divino don de la locura o «manía», que de ninguna manera es un estado mental negativo en la filosofía del ateniense.

Para Platón hay cuatro tipos de delirio otorgados por los dioses: profético, catártico, poético y erótico. De estos considera que «la locura erótica [...] es la más excelsa» –corresponde a Afrodita y Eros– (*Fed.* 265b). Así pues, la visión del Marqués lo lleva al recuerdo de la verdadera belleza y al delirio amoroso¹⁴. Si este vínculo entre la comedia y el platonismo pudiera parecer una interpretación extralimitada, nos encontramos con que, además, la remembranza plantea al personaje la posibilidad de volar¹⁵. Sobre el certamen de ingenio propuesto por la dama para despejar sus dudas, debidas a la creencia en las falsas fallas del Marqués, entre su inclinación y su deber, éste expresa: «¡Ay, mi bien! / que no lo siento / porque me causa temor, / que en las *alas* de mi amor / volará mi *entendimiento*» (vv. 2129-2132 [cursivas mías]). Dado que para Platón la vista liga a la percepción del momento –dada su limitación inmediata por la

¹³ En el *Timeo* escribe: «dios descubrió la mirada y nos hizo un presente con ella para que la observación de las revoluciones de la inteligencia en el cielo nos permitiera aplicarlas a las de nuestro entendimiento» (47c).

¹⁴ Locura o delirio emanado por los dioses no implica un alejamiento de la inteligencia.

¹⁵ Según Platón (*Fed.* 251b), el enamorado, al reconocer la belleza visualmente, «se calienta con un calor que empapa, por así decirlo, la naturaleza del ala, y, al caldearse, se ablandan las semillas de la germinación que, cerradas por la aridez, les impedía florecer; y, además, si el alimento afluye, se esponja el tallo del ala y echa a florecer desde la raíz, por dentro de la sustancia misma del alma, que antes, por cierto, estuvo toda alada».

recepción sensible–, pero la trasciende, al enamorado empiezan a brotarle alas y deseos de volar. Explica Sócrates que la mejor forma de entusiasmo –estar «enamorado»– es la erótica, y define:

aquella que se da cuando alguien contempla la belleza de este mundo, y, recordando la verdadera, le salen alas y, así alado, le entran deseos de alzar el vuelo (*Fed.* 249d)¹⁶.

En palabras de Gómez Robledo (1993: 425), la belleza «es el incentivo que despierta la reminiscencia, el agente reconstructor de la estructura alada del alma». De tal forma, el retorno al mundo supra celeste sólo es posible «por medio del vuelo amoroso» (Gómez Robledo 1993: 439). Ante el reconocimiento de su constitución alada, el Marqués desea elevar su entendimiento, potencia del alma¹⁷; pues el poder natural de las alas, sostiene Platón (*Fed.* 246d), «es levantar lo pesado, llevándolo hacia arriba, hacia donde mora el linaje de los dioses». Hay que especificar que para el filósofo, si bien la vista es un don divino, a través de ella no percibe la mente (*Fed.* 550d). En tal sentido explica Sócrates a Alcibíades: «La vista del entendimiento, ten por cierto, empieza a ver agudamente cuando la de los ojos comienza a perder su fuerza» (*Ban.* 219a).

En torno a la relación del mundo terrenal y el eterno, Nestle (1961: 176) afirma sobre el *Banquete* que la belleza para Platón es «el punto de contacto de lo suprasensible con lo sensible», y que el encuentro se da «en la belleza del mundo [...], y en la belleza externa e interna del hombre, esto es, en la forma física y anímica». Concepción que también se encuentra en la *República*, donde el filósofo afirma que la coincidencia de la belleza del alma y el cuerpo es lo más extraordinario, pues se unen ambos mundos; expresa:

No creo que, aun cuando el cuerpo esté en condiciones óptimas, su perfección beneficie al alma; pero en el caso inverso un alma buena, por medio de su excelencia, hará que el cuerpo sea lo mejor posible (*Rep.* III. 402d)¹⁸.

¹⁶ Me parece oportuno citar la traducción que presenta Gómez Robledo (1993: 425): «A la vista de la belleza de aquí abajo y acordándose de aquella otra que es la verdadera, el alma toma alas».

¹⁷ Covarrubias 1993 (s. v. Entendimiento).

¹⁸ En este sentido, los defectos físicos del personaje jamás superarán su valor interior, como señala también Séneca, quien afirma: «el alma no se mancilla por la deformidad del cuerpo, sino que es el cuerpo el que se embellece con la hermosura del alma» (Lib. VII 66. 4).

Ahora bien, la caracterización de doña Inés es, como en todo carácter, variable. Al principio del examen, la dama analiza sólo aspectos físicos. Cuando don Juan intenta darle un papel a Beltrán, éste responde: «A ella dad los memoriales; / porque informarse procura / de la voz, la compostura, / y las partes personales / de cada cual por sus ojos» (vv. 405-409). Mediante el conocimiento sensorial, descarta o elige a quienes considera aptos. Con esta base, la protagonista excluye a dos pretendientes: a uno por sus expresiones verbales y a otro por el timbre de voz. No obstante, Ochavo la alerta de los errores y engaños que pueden padecerse al analizar únicamente lo visible (vv. 446-484), sin considerar los atributos interiores. Tal advertencia juega una importante función dramática, pues lleva a doña Inés a plantearse otro aspecto que debe examinar.

En el *Banquete*, a través de la mítica sacerdotisa Diotima de Mantinea, Platón habla del proceso que lleva a iniciarse en el amor: especifica que si bien hay que partir de la belleza física, es necesario alcanzar tres grados más en la experiencia amorosa. En el segundo peldaño se produce un desapego del amor individual respecto a las apariencias exteriores, lo que conduce a un principio que se dirige a la espiritualidad: el reconocimiento de la belleza en cualquier persona. El tercer nivel radica en considerar más valiosa la belleza del alma que la del cuerpo, atendiendo a las normas de conducta, las leyes y el conocimiento, ante las cuales la belleza corporal resulta insignificante (*Ban.* 210b-d).

En la comedia podemos observar dos acciones en doña Inés: primero, como se ha señalado, sólo analiza los aspectos físicos en un examen generalizado; no obstante, luego también contempla la conducta de los pretendientes, resultado de su pensamiento. De tal forma, después de la advertencia del gracioso, la Marquesa considera la parte del alma que constituyen las normas de comportamiento de las cuales ha hablado la mítica Diotima en su propedéutica del amor. Esta nueva perspectiva es causa de que se borren del libro quienes tienen malos hábitos: los presuntuosos, el jugador, el pleitista, los caballeros cuyos apelativos remiten a la religión o a la villanía, el mercader despilfarrador o mezquino, el iracundo, etcétera, pues sus acciones responden a vicios, a formas de actuar extremas.

En el segundo acto se presenta el primer encuentro de la protagonista con el Marqués. Ante la relación efectuada por el personaje, de las propias cualidades, la dama formula una serie de cuestionamientos en los que cri-

tica sus méritos. Basada en el engaño de doña Blanca, su valoración inicial sobre el pretendiente es considerarlo «presuntuoso»; otra objeción la funda en que sea él mismo quien habla de sus atributos, lo cual el galán acepta, pero argumenta que, debido a su deber de presentarse, le es obligado hablar de sus méritos en forma de relación, pero nunca de alabanza o prueba, pues es a ella a quien le toca emitir un juicio de valor. Lo oportuno de sus respuestas lleva a la protagonista a dudar de los defectos del personaje; por ello exclama en aparte: «[...] ¡Cielos santos! ¿Es posible / que tales faltas esconda / tal talle, y no corresponda / lo secreto a lo visible?» (vv. 1383-1386). Los méritos enumerados y lo que aprecia visualmente, la conducen a cuestionar los desperfectos del Marqués e inclinarse por él. La conducta firme del galán al declarar sus obras, a su vez, le permite apreciar rasgos de su belleza interior y, por momentos, la lleva a olvidar sus inconvenientes. Tal parece que sigue el consejo de Diotima respecto a que el amante «debe considerar más valiosa la belleza de las almas que la del cuerpo, de suerte que si alguien es virtuoso de alma, aunque tenga un escaso esplendor, séale suficiente para amarle» (*Ban.* 210b).

Sin embargo, doña Inés se debate en un conflicto interior entre lo visible y los valores que deduce de las palabras y actitud del Marqués, y las intrigas de doña Blanca, que no le permite entregar su amor plenamente, pues desea cumplir su objetivo de casarse por méritos y no por amor. Esto motiva que, para aplazar su decisión, disponga realizar un debate de ingenios, sobre el cual argumenta al galán: «Si iguales / los méritos corporales / a los del alma juzgáis, / erráislo; y se precipita / la que así no se recata; / que con el alma se trata, / si con el cuerpo se habita» (vv. 2122-2128). La dama parte de la doble constitución del ser humano: el cuerpo y el alma, a la que privilegia. Así, entre los conceptos de «habitar» y «tratar» establece una radical distinción: se vive físicamente con la pareja, pero el conocimiento del alma proviene de una relación que se establece fuera de la materialidad. Asimismo, la convivencia es corporal y efímera, pues la belleza externa se deteriora con el paso del tiempo; pero la comunicación de las almas, producida por la beldad interior, es permanente. No cabe duda de que la dama ha evolucionado respecto a su valoración inicial de los pretendientes. Ahora doña Inés ve más allá de la apariencia, dado que, sin proponérselo, ha seguido directrices platónicas que la llevan a una lucha interior ocasionada tanto por el delirio amoroso como por el examen imparcial que decidió. De ahí que su intención de cumplir con el testamento, interpretado como casarse

por los méritos del elegido y no por amor, la limite para dejarse llevar por la locura erótica. Esta indefinición permite considerar que las ideas de Lisias no han dejado de gobernarla, estrategia dramática con la que Alarcón mantiene al espectador en suspenso.

A pesar del conflicto interno de la Marquesa, podemos considerar que ambos amantes han captado el proceso, señalado por Diotima de Mantinea, de iniciar la relación amorosa por la belleza corporal; no obstante, tanto la dama como el galán han podido trascenderla (*Ban.* 210a-c). En la primera fase, el Marqués avanza de la belleza de doña Blanca a la de doña Inés. En el caso de ella, aunque conoce las intenciones pasionales del Conde y el interés de sus pretendientes, ascenderá sin pasar por la intermediación afectiva de otros hombres bellos.

Recordemos las ideas de Diotima respecto a que, al considerar más valiosa la belleza de las almas, el amante «debe contemplar la belleza que reside en las normas de conducta y en las leyes [...]. Después de las normas de conducta debe conducirlo a las ciencias» (*Ban.* 210c-d). Doña Inés, de acuerdo con este planteamiento, luego de analizar el comportamiento del Marqués —entre otras cosas su valor y habilidad en el torneo—, añade un examen de ingenios, elemento superior del mismo tercer peldaño. La protagonista propone un debate sobre el amor, «una de las cosas discutibles», según el filósofo ateniense (*Fed.* 263c). Presenta como pregunta la elección matrimonial óptima: «si la mano debo dar / al que tengo inclinación, / aunque defetos padezca, / o si me estará más bien / que el que no los tiene, a quien / no me inclino, me merezca» (vv. 2654-2659). De tal forma, cada contrincante debe argumentar respuestas que se oponen; la Marquesa propone una *disputatio* (de acuerdo con el método de la Escolástica). La solución al problema, en sus dos vertientes, corresponde a la definición de Sócrates sobre su discurso y el de Lisias: «En cierta manera los dos eran contrarios. El uno decía que había que complacer al que ama, y el otro al que no» (*Fed.* 265a).

Sin haber elegido tema, ya que primero lo hizo el Conde, la argumentación del Marqués atenta contra su amor, pues radica en plantear una serie de ideas sobre preferir al galán perfecto, aunque no sea amado, debido a que, en virtud de su cordura «previene lo venidero» (v. 2703). Sócrates niega esta conclusión: «No es cierto el relato, si alguien afirma que estando presente un amante, es a quien no ama, a quien hay que conceder favores, por el hecho de que el uno está loco y cuerdo el otro» (*Fed.* 244a).

El desvarío amoroso es un don divino que se otorga para mayor fortuna, y la divinidad posee una mente que «se alimenta de un entender y saber incontaminado» (*Fed.* 247d). Al respecto, es conveniente recordar que Gómez Robledo (1993: 427) precisa que ninguno de los cuatro delirios «lleva consigo la abolición de la inteligencia».

La base del razonamiento del Marqués es que el «amor nace de hermosura / y es hermoso lo perfeto» (vv. 2706-2707), en consecuencia, aunque no exista inclinación afectiva alguna, necesariamente brotará el amor. Por el contrario, el amante imperfecto terminará aborrecido.

Por su parte, el Conde, rechazado por la protagonista, defiende la idea de que el amado, aunque tenga defectos, debe ser elegido sobre el galán perfecto. Su elección del tema se debe a que sabe que la dama prefiere al Marqués y está al tanto de las mentiras malintencionadas sobre éste. Por venganza y paradójicamente sigue la idea platónica, pues Sócrates propone al sofista escribir que hay que favorecer a quien se ama: «Por eso aconsejo a Lisias que, cuanto antes, escriba que al que ama, más bien que al que no ama, es a quien, equitativamente, hay que otorgar favores» (*Fed.* 243d).

El procedimiento que sigue el contrincante radica en ir rebatiendo cada uno de los argumentos del Marqués con una muestra de erudición en la que cita, entre otros hombres ilustres y míticos, al filósofo ateniense: «Séneca y Platón dijeron / que el amor no es racional / que halla en el daño provecho, / y halla dulzura en lo amargo» (vv. 2789-2792). Si se atiende a la primera respuesta de Sócrates (*Fed.* 339-340) al discurso de Lisias, observamos que, como el sofista, sólo habla de los males del amor, y de que quienes pretenden un gozo superficial persiguen el placer más que el bien, motivo por el cual se presentan situaciones perniciosas, es decir, que encuentran deleite a pesar del sufrimiento.

No obstante, después de desechar su primer discurso, al que califica de disertación tan vulgar como la propuesta de Lisias, pasa a la réplica y sostiene que en la mayor elevación del amor los defectos no importan, pues lo trascendente es la belleza del alma. Recordemos el texto ya citado de la *República*: «No creo que, aun cuando el cuerpo esté en condiciones óptimas, su perfección beneficie al alma; pero en el caso inverso un alma buena, por medio de su excelencia, hará que el cuerpo sea lo mejor posible» (III 403d).

La exposición del Conde es reconocida públicamente como la mejor, de ahí que doña Inés por este triunfo deba contraer matrimonio con el

ganador. En un acto congruente con su planteamiento inicial, la protagonista se muestra decidida a dar la mano al vencedor, con lo que, en su interior, acepta el fracaso de su delirio amoroso. Si bien, en la filosofía platónica «voluntad y apetito son, pues, dos fuerzas diferentes» (Capelle 1958: 243), debemos reconocer que doña Inés no se ha movido nunca por la sensorialidad sino por el amor al Marqués. Pero, decidida a ser consecuente con el certamen, no da marcha atrás. Es el Conde, quien de común acuerdo con el Marqués, la rechaza y le brinda la posibilidad de casarse enamorada con su amigo, de quien finalmente se sabe que carece de los defectos que se le adjudicaron.

De acuerdo con la filosofía platónica del Eros, en primera instancia doña Inés se equivoca al malinterpretar la obediencia paterna basándose sólo en los méritos exteriores. Por otro lado, si tomamos en cuenta las consideraciones retóricas de Platón en *Fedro*, la dama parte de una falsa premisa: El perfecto debe ser amado. El silogismo de Inés la llevaría al fracaso: El hombre perfecto es mejor marido. / El Conde es perfecto. / El Conde es mejor marido. De tal modo, el planteamiento de Lisias, con el que ha coincidido doña Inés, es improcedente, pues la conclusión no corresponde a la idea inicial de la protagonista: El amante no debe ser amado. / El Marqués es amante. / El Marqués no debe ser amado. Se constituyen dos silogismos falsos de los que parte doña Inés, en torno a los cuales se desarrolla el conflicto de la comedia.

En tanto que Platón sostiene que las imperfecciones del ser querido pueden pasar desapercibidas o formar parte del amor, el silogismo sería: El amado es imperfecto. / El Marqués es imperfecto. / El Marqués es amado. Lo cual también es sofístico en la comedia, dado que los defectos atribuidos al personaje son falaces. Doña Inés, a pesar de su objetivo perseverante, sólo debía dejarse llevar por el delirio amoroso, pero entonces Alarcón no habría escrito esta maravillosa comedia.

Respecto a las acciones veleidosas de algunos personajes, que como aurigas fueron dominados por el caballo oscuro que gravita hacia la tierra, Alarcón los destina a un peor final, tales son los casos de los vengativos doña Blanca y el Conde. Por lo tanto, en su finalidad dramática, que no se aleja de un principio ético, el dramaturgo los reúne como pareja.

Si el neoestoicismo satisfacía al novohispano, dado que es factible que su deformación física pudiera motivar su interés en la búsqueda de la belleza interior, no es errado plantear que la idea platónica del Eros es una

influencia tan importante que se convierte en fuente de esta comedia: es preferible un alma bella en un cuerpo imperfecto. Concluyo con las palabras de Nestle (1961: 195): «La filosofía de Platón es un gran intento de enlazar lo racional con lo irracional, lo sensitivo con lo suprasensitivo, [...] y lo humano con lo divino».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABBAGNANO, N. (1994) *Historia de la filosofía*, Barcelona, Hora, vol. I.
- CAMPBELL, Y. (2012) «Trasfondo estoico en la obra dramática de Juan Ruiz de Alarcón», en Debora Vaccari (ed.) *Rumbos del hispanismo en el cincuentenario de la AIH*, Roma, Bagatto Libri, vol. IV, 29-35.
- (2015) «*El dueño de las estrellas* y *La amistad castigada*: dos dramas de privanza extremos», en Ysla Campbell (ed.) *Alarconiana. Estudios sobre la obra de Juan Ruiz de Alarcón*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 55-64.
- (2016) «El poder y la privanza: las propuestas de Alarcón», *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, 32, 201-219.
- (2017) «Solución alarconiana a la cuestión de la privanza: el neoestoicismo en *Ganar amigos*», en Ysla Campbell, Édgar Valencia (eds.) *Alarconiana IV. Estudios sobre la obra de Juan Ruiz de Alarcón*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 69-82.
- CAPELLE, W. (1958) *Historia de la filosofía griega*, Madrid, Gredos.
- COVARRUBIAS, S. de (1993) *Tesoro de la lengua castellana o española*, Martín de Riquer (ed.), Barcelona, Alta Fulla.
- DODDS, E. R. (1960) *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Revista de Occidente.
- FIERRO, M^a A. (2008) «La teoría platónica del éros [*sic*] en la República», *Diánoia* 53, 60. En línea: www.scielo.org.mx/scielo.php?script?=sci_arttex&pid=SO185-24502008000100002
- GÓMEZ ROBLEDO, A. (1993) *Platón. Los seis grandes temas de su filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México.
- NESTLE, W. (1961) *Historia del espíritu griego*, Barcelona, Ariel.
- PLATÓN (2011a) *Lisis*, en *Platón. Diálogos*, Emilio Lledó (trad. y ns.), Madrid, Gredos, t. I, 87-117.
- (2011b) *Banquete*, en *Platón. Diálogos*, Marcos Martínez (trad. y ns.), Madrid, Gredos, t. I, 693-795.
- (2011c) *Fedro*, en *Platón. Diálogos*, Emilio Lledó (trad. y ns.), Madrid, Gredos, t. I, 768-841.
- (2011d) *República*, en *Platón. Diálogos*, Conrado Egges Lan (trad. y ns.), Madrid, Gredos, t. II, L. III, 78-118.
- (2011e) *Timeo*, en *Platón. Diálogos*, Emilio Lledó (trad. y ns.), Madrid, Gredos, t. II, 801-878.

- ROBIN, L. (1967) *La pensée hellénique des origines a Épicure*, Paris, Presses Universitaires de France, 177-383.
- RUIZ DE ALARCÓN, J. (2016) *Examen de maridos*, Maria Grazia Profeti (ed.), en Ysla Campbell (dir.), *Colección Obras Dramáticas Completas de Juan Ruiz de Alarcón*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, vol. 20.
- SÉNECA, L. A. (2000) *Epístolas morales a Lucilio*, Ismael Roca Meliá (intr., trad. y ns.), Madrid, Gredos, t. I.
- WHICKER, J. (2003) *The plays of Juan Ruiz de Alarcón*, Woodbridge, Tamesis.
- ZELLER, E. (1968) *Fundamentos de filosofía griega*, Buenos Aires, Siglo Veinte.

Este libro recoge una selección de los trabajos presentados originalmente en el congreso internacional *Ecós y resplandores helenos en la literatura hispana. Siglos xvi-xxi* que se celebró en Atenas en septiembre de 2016. El motor del congreso es la ambición de seguir aprendiendo de quienes confiaron y confían en la palabra escrita que ha sabido viajar, siempre constante y a la vez cambiante, a través del tiempo, cruzando las fronteras, allende los mares. Las contribuciones se distribuyen en cuatro secciones, dedicadas respectivamente a la poesía, el teatro, la narrativa y, finalmente, la filosofía y el pensamiento. En su conjunto constituye un testimonio extraordinario de la indagación sobre la presencia viva de la Antigua Grecia en las literaturas hispánicas desde el Siglo de Oro.

Classica Boliviana Número extraordinario 1

CON LA COLABORACIÓN DE
UNIVERSIDAD NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

